

Semblanza del arquitecto Eduardo Robles Piquer

Carlos Robles Piquer

Conferencia pronunciada por Carlos Robles Piquer el 12 de Mayo de 1994 con motivo de la clausura de la Exposición que, sobre la obra de su hermano Eduardo, se celebró en el COAM.

Sr. Decano de este Colegio; Sr. Encargado de Negocios de Venezuela; querido maestro Félix Candela; queridos amigos; señora y señores:

En nombre de la familia de Eduardo - unida en su recuerdo, pero esparcida por España, Venezuela y México - deseo dar ante todo las gracias a quienes han organizado y acogido esta exposición de su obra y, en alguna proporción, de su vida. Al Colegio de Arquitectos de Madrid, al que él perteneció, y a su Fundación Cultural; a la Fundación Museo de Arquitectura de Caracas y al Consejo Nacional de Cultura de Venezuela, así como a la Embajada venezolana en España; a los compañeros venezolanos de Eduardo, María Teresa Novoa y Martín Padrón; y, por supuesto, a la segunda esposa y viuda de Eduardo, Mery González, buena pintora canaria, que no sólo le dedicó cariño y cuidado en sus últimos años sino que impulsó decididamente estos resúmenes gráficos de una actividad incansable y fecunda. Me refiero también, por tanto, a las dos exposiciones previas celebradas en la Casa de la Cultura de la villa y puerto de Garachico, en Tenerife, y en el Ateneo de La Laguna, pues cumplí con el grato deber de inaugurar ambas cuando ya sus achaques impidieron a última hora el viaje en el que Eduardo y Mery habían puesto tanta ilusión. Reciban también aquel Ayuntamiento y aquel Ateneo la palabra de nuestra gratitud.

En su largo peregrinar, de casi 83 años, por este valle de risas y lágrimas, Eduardo fue siempre, esencialmente, un arquitecto; por ello me parece justo que la casa de sus compañeros y paisanos madrileños -de la que fue en un momento vicedecano- haya querido acoger esta muestra. Lo fue al principio, en un sentido muy tradicional, como diseñador y proyectista de viviendas; y subsiste en nuestro Madrid una casa que él concibió y realizó en una zona popular, cerca de la Plaza de Toros de Las Ventas. La guerra civil truncó pronto aquella orientación y le llevó a inclinarse por la aplicación de la belleza al modo de vivir, quizá como respuesta al mismo horror bélico que le obligó al perdurable y doloroso abandono de la Patria a la que, en su fuero más íntimo, nunca quiso ni supo renunciar. Por eso, en el primer exilio que habría luego de convertirse en su segunda ciudadanía, la mexicana, él creó con un socio la firma "Ras-Martín", dedicada sobre todo a la decoración de interiores. Visité con él, en 1954, algunas de sus obras y recuerdo bien no sólo el refinado gusto que las inspiraba sino la mutua penetración entre el espacio cubierto y el exterior circundante, rasgo propio de la suavidad del clima en la altiplanicie mexicana y que iba a acentuarse en la mayor calidez de su posterior obra

venezolana, con la naturaleza incorporada a la ciudad y la casa. Sin duda, allí empezó su descubrimiento del paisajismo como una vocación, parte ya para siempre sustancial de su condición de arquitecto. A sus colegas divertirá seguramente una anécdota que él gustaba de relatar. En sus primeros años mexicanos, una dama con la que charlaba en una recepción se empeñaba en dirigirse a él con el título de "ingeniero", pese a la insistencia de Eduardo en que ella lo identificara como "arquitecto"; un tanto amoscada por esta reiteración, la dama le espetó lo que sigue: "Por favor, ingeniero, no sea usted modesto". Creo que, como otros compañeros del exilio español -y dejadme mencionar sólo a Félix Candela (que hoy nos honra con su compañía) en el propio México y a mi también muy llorado y fraterno amigo Alfredo Rodríguez Orgaz en Bogotá, cuya viuda también nos acompaña-, Eduardo contribuyó a que la Arquitectura, a la que tengo por la mayor de las artes mayores, alcanzara, en aquel México que iniciaba el despegue hacia la modernidad, el reconocimiento social que la protagonista de tan pintoresco diálogo le regateaba.

De esa sensibilidad para integrar a la naturaleza en la ciudad y para que la planta siga viviendo en la casa han quedado en Venezuela, sobre todo, huellas muy perdurables que la espléndida lección del Profesor Parón acaba de recordar y de las que esta exposición da testimonio parcial. Permitidme, por ello, que me refiera ahora a la segunda dimensión biográfica de mi hermano, que es seguramente la más conocida: la de dibujante y caricaturista, también reflejada en la colección que hoy clausuramos. Recuerdo muy bien haberle visto dibujar, y colorear con la ayuda del aerógrafo, en nuestra casa de Madrid durante los años de la República, aquellas espléndidas acuarelas de motivos taurinos que luego le llevaron a la pequeña quirotada de reeditar a sus expensas en México el álbum de su admirado Martínez de León titulado "Los amigos del toro o la parte sana de la afición". Sin embargo, fueron sus caricaturas de políticos y deportistas, recogidas en los huecogramados de "Estampa" y de "As", las que dieron entonces alguna popularidad a nuestro primer apellido, con el que firmó hasta que las secuelas de la lucha fratricida y sus ecos en México le indujeran a cambiarlo por el "Ras" con el que desde entonces firmó no sólo sus caricaturas sino los muy conocidos "RAS-guños" o las semblanzas de su "Así lo vi yo", series ambas que acogió durante un cuarto de siglo el gran diario caraqueño "El Nacional". De esa su permanente vocación por la caricatura personal, como síntesis del ánimo y del espíritu mucho más que como exageración de los rasgos faciales, existe una curiosa primicia, el libro "Motivos para una orla" que recoge los rostros de los 48 jóvenes arquitectos graduados en Madrid en 1935; y contamos además con un planteamiento doctrinal inmejorable que él formuló en su libro "Caricaturgenia", subtítulo "Teoría de la caricatura personal: una línea, un personaje". Es una teoría de la más austera sencillez al penetrar en la intimidad que ya había asomado en las caricaturas de sus discípulos en la Escuela de Madrid, y, bastantes años más tarde, en las dos recopilaciones de sus "Así lo vi yo". A quien quiera detenerse en un solo ejemplo de esta concepción

Semblanza del arquitecto Eduardo Robles Piquer

Carlos Robles Piquer

de la caricatura sugiero la del presidente don Rafael Caldera; en ella, el dibujante prescindió de incorporar rasgos tales como las cejas, los ojos, la nariz, la boca y la oreja (de la oreja, por cierto, nunca creyó que fuera caricaturizable), lo que no impide que poco más que el perfil de la cabellera baste para que esa ilustre figura de la política venezolana, hoy de nuevo presidente de la República, sea reconocida incluso por quienes no estén familiarizados con su personalidad. Que nadie lo tome por machismo, pero debo añadir que mi hermano se resistía a caricaturizar a las mujeres; lo hacía cuando era preciso, y en su último libro figuran 16 entre un total de 76 personajes, pero aseguraba que caricaturizarlas era un camino seguro para perder el afecto femenino. Cierro esta parte de mi texto con una afirmación pretenciosa y subjetiva: he creído siempre que Eduardo fue el mejor caricaturista personal de su tiempo y que de haber vivido en una metrópoli de las que imponen al mundo sus cánones informativos, habría alcanzado muy altos niveles de celebridad y hasta de fortuna. Quede esta tesis sometida a criterio más sereno que el mío.

Me siento obligado, ahora, a entrar en el delicado terreno de la vida política. Al fin y al cabo, ella le condenó a vivir fuera de España, lo que nunca fue de su pleno agrado pese al amor que tenía por Venezuela, la nación cuya ciudadanía ostentó con orgullo, en la que trabajó más de la mitad de su edad adulta y a la que siempre sirvió y honró dentro y fuera de sus fronteras. Vivida por él la turbulenta Universidad de los años de la Dictadura y la República, participó en la que él veía como una lucha cívica por la libertad y la justicia y, sin militar en ningún partido político, ejerció durante algún tiempo la presidencia de la FUE madrileña. Además de algunos riesgos callejeros, quizá no superiores a los acarreados por su condición de jugador de rugby en el equipo de Arquitectura, aquella actitud engendró no pocos enfrentamientos familiares con nuestro querido padre, un militar monárquico al que vi llorar por primera vez cuando, teniendo yo cinco años, desfiló bajo el balcón de nuestra casa, la que luego habría de ser la efímera alegría del 14 de abril de 1931. Eran choques que a menudo se producían a la muy hispánica hora del almuerzo familiar, ante el sufrimiento de nuestra santa madre, con la participación ocasional de nuestras hermanas María Luisa y María Teresa y el silencio triston de los dos hermanos pequeños. Nosotros, los pequeños, no éramos capaces de advertirlo: pero aquellos "contrastos de pareceres", tensos y excitados a menudo, anunciaban que la guerra iba a ser verdaderamente civil —o incivil—, introducida en el seno de cada hogar. No me sorprende que la alegría antes citada le durara poco a mi hermano que, vestido de mono azul, con pistola al cinto y con su carnet de estudiante republicano, salvó algunas vidas y trató en vano de salvar otras en las ensangrentadas noches madrileñas del verano del 36. Todo ello condujo, en noviembre del mismo año, a un coloquio que en los anales de la familia se conoce como "El diálogo de Tarancón" porque ésa fue la ciudad castellana, camino de Valencia, en la que padre e hijo sobrepusieron a toda diferencia política el profundo cariño que los unía y que había de perdurar por encima del océano durante el largo exilio mexicano, hasta la muerte de aquél. Creo que fue ya

entonces cuando mi hermano traslució su intención de salir de España al término de la guerra, pues creía que su resultado sólo podría ser una dictadura de uno u otro signo, en ambos casos incompatible con sus más firmes creencias. Quizá esto también explica su evolución muy posterior en la que, sin renunciar a sus ideas, se proclamó abiertamente como un "republicano de Don Juan Carlos", agradecido al Rey que logró asentar la convivencia en libertad. Me consta que así lo dijo a Sus Majestades, tanto en Caracas como en Madrid.

Y esto me lleva a la que, para alivio de mis oyentes, será la parte final de esta semblanza: la familiar, ya esbozada en aquella relación de amor y discrepancia entre padre e hijo, y acendrada cuando nuestra madre murió en el bombardeo sobre Barcelona del 16 de marzo de 1938, ocasión tristemente famosa por tratarse de la primera agresión de este tipo sobre una gran ciudad abierta. Los lazos entre el todavía joven viudo y sus cinco hijos se estrecharon fuertemente bajo el terrible golpe familiar. Quizá sea pretencioso pensarlo, pero creo que ello influyó en que Eduardo supiera mantener sólida la unidad de la propia familia que él formó al casarse, cristiana y clandestinamente, en Madrid durante una guerra en la que dedicó sus esfuerzos a mandar un batallón de fortificaciones con el que contribuyó, a veces, a salvar piezas del tesoro público. Su mujer, nuestra querida Lola Boza de Blas, herida también en los últimos días de la lucha, le acompañó con su hija recién nacida cuando hubo de salir por la frontera francesa camino del campo de concentración de Saint Cyprien, sobre cuyo ambiente se conservan en la colección que hoy clausuramos algunas impresiones impregnadas, pese a todo, del profundo sentido del humor que acompañaba a la gran simpatía personal de su autor. Deseo recordar especialmente a Lola, fiel y enamorada compañera de todos los destierros, de no pocas alegrías y también de muchos sufrimientos, en la próspera y en la adversa fortuna, especialmente cuando la adversa llevó a mi hermano a una cárcel de Caracas como víctima de una persecución que la justicia reconoció luego como infundada. Lola no falló nunca, y ella supo también ser la pieza clave en la educación de Marisa, de Eduardo, de Mari Carmen, de Lolín y de Mercedes, los cinco hijos que hoy prolongan esta saga de sangre española trasterrada, como tantas otras que han germinado en Venezuela o en México.

Queridos amigos: temo que, como quizá era inevitable, mis palabras hayan estado más influidas por el amor fraterno que por la fría objetividad. Casi quince años más joven que Eduardo, no puedo y no quiero olvidar mi admiración infantil hacia el hermano grande, alegre, artista, simpático, deportista, universitario, desenvuelto y popular que, en unión de nuestro padre, cargaba sobre sus hombros a mi hermana María del Carmen y a mí para interpretar el papel de un elefante indio y de otro africano en el largo pasillo de nuestra casa madrileña. Muchas veces he querido después alzarme de nuevo sobre mi elefante y hoy creo que he podido, al recordarlo, subirme a las espaldas de su memoria, quizá por última vez. Gracias por haberme acompañado en esta evocación.